

Participantes del Llamamiento Celestial

Michael Clark y George Davis

“Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús; el cual es fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios. Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo.” (Hebreos 3:1-3)

Se oye mucho sobre la voluntad de Dios en la cristiandad hoy día. Se han escrito volúmenes sobre el tema. Pero, ¿entendemos realmente lo que Jesús quiso decir cuando dijo, **“HE AQUÍ QUE VENGO, OH DIOS, PARA HACER TU VOLUNTAD”**? ¿Entendemos lo que el autor de Hebreos quiso decir cuando dijo, **“QUITA LO PRIMERO PARA ESTABLECER ESTO ÚLTIMO”**? (Lee Hebreos 10:7-9). Un vistazo al cristianismo hoy revela que la respuesta es NO. Lo que vemos es una paradoja, cuando se ora diciendo “Sea hecha tu voluntad”, y a la par se construye lo que Él vino a quitar. Somos como Pedro, que reaccionó valientemente diciendo, “¡Nunca eso te acontezca!”, en cuanto Dios le pidió algo que iba en contra de las tradiciones de los padres judíos. Vemos una negación práctica de la obra acabada de Cristo y como los hebreos en el desierto, no entramos en la obra terminada del Padre escogiendo las obras de nuestras propias manos. Si reedificamos las cosas que Cristo destruyó, nos hacemos transgresores (lee Gálatas 2:18) porque nuestros pensamientos y acciones discrepan de la verdad. El libro de los Hebreos es un llamado a los creyentes a vivir una realidad más alta—una realidad que nos llama por encima del ámbito temporal de los sacramentos terrenales hacia la realidad y sustancia celestial, de la que estas cosas terrenales son meras sombras.

El autor de Hebreos nos exhorta a dejar atrás esas cosas religiosas de las dispensaciones que han envejecido, para responder al *llamamiento celestial*, llamado siempre ascendente del Espíritu en Cristo Jesús. Este es el tema a lo largo de todo el libro.

Jesús vino primero a hacer la voluntad de Dios, primero *quitando*, y luego, *estableciendo*. Él no vino a *quitar* el primer sistema religioso para poder establecer uno mejor en su lugar. No, este nuevo orden tira del tejido mismo de esa necesidad que tiene el hombre carnal de un orden religioso, y llama a todo aquel que quiera conocer al Cristo resucitado a pasar a Su presencia más allá del velo rasgado de toda religión. Mientras Jesús expiraba en la cruz, clamó, “Consumado es”. Fue *entonces* cuando Dios rasgó el velo del templo en dos,

de arriba abajo. Cristo, el perfecto sacrificio, acabó con el antiguo orden, cumpliendo sus tipos y sombras. *El mismo* es la realidad y la sustancia que habían predicho. Esto no solo se aplica al cordero del sacrificio, sino también a cualquier otra faceta de la adoración en el templo. Todas las cosas son hechas nuevas y celestiales. Tenemos que ir más allá del mero simbolismo y alcanzar la verdadera sustancia espiritual del reino de Dios. A pesar de esta gloriosa verdad, vemos a muchos cristianos hoy día, tan intrigados como cualquier judío ortodoxo por una piedra angular de una tonelada expuesta alrededor del monte del templo y por la búsqueda de un carnero perfecto. Todos los hijos de Dios deben entender estas dos simples palabras, “¡Consumado es!” ¡Él ha quitado lo primero y establecido esto último! La voluntad de Dios no tiene nada que ver con sacrificios y ofrendas del antiguo orden religioso, que se refería indirectamente a cosas mejores por venir.

Sin lugar a dudas, se trataba de un pensamiento altamente revolucionario a los recipientes de la *Epístola a los Hebreos*. En las mentes de los judíos, que habían sido enseñados que la religión de sus padres era perfecta e inmutable, el pensamiento de que el Judaísmo había acabado su utilidad y estaba listo para desvanecerse, era algo más que radical. ¡Era herético! Para ellos, la idea de que Dios no fuera a usar el viejo odre del Judaísmo sino que lo desecharía, era difícil si no imposible de aceptar. Esta misma cosa sucede hoy en las mentes de la mayoría de los cristianos que están siendo desafiados a mirar más allá de las enseñanzas de sus denominaciones para una manifestación más perfecta del propio Hijo de Dios.

Esta carta a los Hebreos fue escrita para ayudar a los judíos cristianos que tenían conflictos con los extremos de este nuevo orden que Cristo *estableció* y para ayudarles en su avance hacia la perfección. Se establecieron en un compromiso, escogiendo una postura más moderada, manteniendo lo que sentían como elementos esenciales del viejo orden y mezclándolas con el nuevo. Habían creado una especie de Cristianismo de diseño—Cristianismo que no ofendía a nadie. Se colocaron en la posición de determinar lo que era bueno y lo que era malo. Estaban decididos a mantener las cosas que les habían proporcionado poder en el viejo sistema Levítico, a la par que reclamaban a Jesucristo como a su Mesías. En el pensamiento religioso de hoy, eran *moderados* y tenidos por *equilibrados*.

La palabra moderación significa “evitar extremos”. El hombre religioso se enorgullece en su moderación y hace todo lo que puede por evitar, si, las incluso extremas ramificaciones de la obra consumada de Cristo. Esto es especialmente cierto respecto del abandono del viejo orden religioso. Para evitar ofender su aumentado sentido de moderación, el hombre religioso pone su mano en esas cosas del viejo orden religioso que él ha decidido que son *buenas*, y las mezcla con el nuevo orden.

T.A. Sparks escribió:

“Esta carta a los Hebreos parte de la revolución sumamente completa de la reconstitución que Dios hizo cuando Él trajo a Su Hijo, Jesucristo, al mundo—es decir, la revolución *religiosa*. Esta revolución, que fue rechazada por el

judaísmo, ha sido casi completamente ignorada o pasada por alto por la cristiandad desde los tiempos apostólicos. El presente sistema completo de cristianismo tal y como es aceptado en general, sería imposible si el significado de esta carta fuera recibido como una revelación celestial en el poder del Espíritu Santo... A la luz de tal revelación espiritual, muchas cosas desaparecerían: pero siendo “una visión celestial”, no habría lágrimas, ni sentimientos de pérdida, ni cariñosas despedidas. Más bien, la ganancia y el gozo pondrían todas esas cosas en la categoría de esa ropa gastada y pasada de moda, lista para ser abandonada... En las dispensaciones anteriores todo era externo y tangible—sacrificios, altares, lugares de reunión, sacerdotes, vestiduras, fiestas, recompensas, etc.; pero en esta era, todas estas cosas se juntan en ese “En Cristo” que todo lo incluye, y son esencialmente aspectos espirituales del Hombre Celestial; para ser conocidas, disfrutadas y comprendidas solo por la fe. Las largas generaciones de sensible gratificación en las cosas espirituales estaban en la misma sangre de estos hebreos, y anhelaban las cosas que se podían ver, sentir, oír, el sistema emocional y físico del pasado”.

Tenemos que tomar esta verdad esencial. Aunque la *ekklesia* de Cristo se reúna en la tierra, no es una institución terrena. Es un organismo celestial—sentado en lugares celestiales en Cristo. La palabras *cielo*, *cielos* y *celestial* se usan dieciséis veces en la epístola a los Hebreos en conexión con la iglesia verdadera, que es celestial y espiritual, en comparación con el Judaísmo, que es terrenal y que tiene que ver con ceremonias físicas, templos, jerarquía y todas las cosas que atraen a los cinco sentidos.

Ahora, después de 2000 años, el Cristianismo ha vuelto al principio. Habiendo adaptado su sacerdocio conforme al orden levítico y re-instituido los rituales del viejo sistema religioso, el Cristianismo, en su mayoría, se ha convertido en otro Judaísmo y ha perdido en gran medida su sal y sabor celestial. Lo trágico es que las cosas mejores de las que escribe el autor de Hebreos permanecen sin ver y sin cumplir en la iglesia mundana de hoy día, tanto como lo fueron en el Judaísmo del primer siglo. Una iglesia que todavía se aferra a las cosas que atormentan a los sentidos carnales no puede *conocer el poder de la era por llegar*. La mística de los edificios hermosos, tapices, vidrieras, imágenes, incienso, música y todas estas cosas, añaden a la experiencia religiosa óptima, permitiendo que el adorador atado a la tierra se sienta tocado. Solo una *ekklesia* con una mente celestial, *llamada a salir* de ese sensacionalismo y que busque esas cosas que no se ven, esa ciudad cuya constructor y hacedor es Dios, podrá responder al llamado celestial.

El llamado a los hijos de Dios hoy es el mismo que el del primer siglo. Es un *llamado celestial*. Es una invitación a oler el dulce aroma de Cristo, a escuchar Su voz, a probar del don celestial y a buscar con ojos espirituales un país *celestial*. Somos llamados al “monte Sión”, a la ciudad del Dios viviente, *la Jerusalén celestial*. No nos atrevemos a ser como Israel, que no entró en el reposo de Dios más allá del velo, sino que se centró en el ministerio externo del atrio, exigiendo a los creyentes gentiles a hacer lo mismo. Nosotros también podemos perder, por el mismo ejemplo de incredulidad, el santuario celestial que Dios *levantó, y no el hombre*. Pablo acusó a los tales de estar

centrados en COSAS TERRENALES, y exhortó a todos los creyentes a recordar que “NUESTRA CONVERSACIÓN” (nuestra vida) ESTÁ EN EL CIELO.” (lee Filipenses 3:19-20).

Esta es la elección que hay delante de nosotros. ¿Pondremos la mira *en las cosas de arriba*, negando los anhelos de nuestra naturaleza carnal, o la pondremos *en las cosas de la tierra*? ¿Nos convertirá nuestro amor por las cosas rudimentarias del *cosmos* religioso en adversarios de Aquel que fue enviado para *quitar lo primero y establecer esto último*? ¿Nos preocuparán las cosas de la religión o responderemos al llamado celestial? Ninguno puede servir a dos señores. Porque aborrecerá a uno y amará a otro.

En Apocalipsis capítulo dos, versículo cinco, Jesús exhorta a la asamblea de Éfeso, “Recuerda, pues, de donde has caído y arrepiéntete”. La palabra griega para *caído* en este pasaje es *ekipto* —“caerse de algo, perderlo, caer de un lugar—de una posición—caer en tierra—quedar sin efecto (Strong).

La iglesia ha caído de su posición celestial aferrándose a sombras terrenales, diciéndose a sí misma, “Soy rico, me he enriquecido, no tengo necesidad de nada”. Jesús llamó a la iglesia de Laodicea a arrepentirse de la institución terrenal caída en la que se habían convertido. Jesús llamó a cada individuo a abrir la puerta y dejarle traer la comunión del cielo una vez más. Era un llamado para volver a ser parte del organismo celestial que Él quería que fueran. Los dirigió a las puertas abiertas de los cielos. Los exhortó: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo EN MI TRONO, como Yo he vencido y Me he sentado con Mi Padre en Su trono (Apocalipsis 3:21).

Cuando Juan volvió la vista de las iglesias terrenales de Asia menor, vio abierta una puerta EN EL CIELO, y una oyó una voz como de trompeta que hacía una invitación. “SUBE ACÁ, y te mostraré las cosas que han de suceder después de esto”. ¿Qué es lo que vio Juan? ¿Qué sucedió después? INMEDIATAMENTE Juan estaba en el Espíritu y vio un “TRONO ESTABLECIDO EN EL CIELO...” (Lee Apocalipsis 3:19-4:2).

Jesús invita a los que vencen a unirse a Él en Su victoria y a sentarse en Su trono, pero primero, las ataduras del mundo, tanto religiosas como seculares, deben ser rotas. Jesús dijo a Sus discípulos, “Alegraos, Yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). El Espíritu sigue llamando a la iglesia a vencer y a regresar a nuestra posición celestial, a poner nuestra mira en las cosas de arriba y no en las de la tierra (Lee Colosenses 3:2). Debemos entrar en Su reposo. El Cristo exaltado nos sigue invitando a vencer y a sentarnos (trabajar para entrar en Su reposo), con Él en Su trono.

Pablo escribió, “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los **lugares celestiales** en Cristo... y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los **lugares celestiales** con Cristo Jesús.” (Efesios 1:3,2:6). *Este es el descanso del que habla el autor de Hebreos en el capítulo cuatro.*

No podemos responder al llamado a “subir acá”, a menos que vencamos el peso de la religión que nos ata al presente mundo malo. ¡No podemos mantener las cosas del viejo sistema religioso y volar en la alturas celestiales! No podemos sentarnos con Cristo en Su trono mientras seguimos atados a lo terrenal por los principios rudimentarios del mundo. ¡No podemos tener las dos cosas! Si intentamos hacer algo así, Dios no lo permita, ¡estaremos sacrificando las cosas mejores por las viejas!

⁴⁶ Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. ⁴⁷ El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. ⁴⁸ Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. ⁴⁹ Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial.” (1^a Corintios 15:46-49).

“¹ Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. ² Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. ³ Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. ⁴ Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor;^(G) porque las primeras cosas pasaron. ⁵ Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. ⁶ Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. ⁷ El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. ⁸ Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. ⁹ Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. ¹⁰ Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén,^(J) que descendía del cielo, de Dios, ¹¹ teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal.” (Apocalipsis 21:1-11).